

# Introducción al Lenguaje y su Estudio

*Cristián Lagos Fernández*

Universidad de Chile

## I. El lenguaje y sus características

Aquello que catalogamos como “*lenguaje*” es algo distinto al fenómeno mayor de la comunicación. En otras palabras, la comunicación es un fenómeno universal, que trasciende a todos los sistemas biológicos (las células que constituyen a nuestro organismo hacen común información, por vías químicas o eléctricas y organismos unicelulares de los más simples también lo hacen), por lo que del hecho de que los seres humanos tengan lenguaje no se puede derivar que sea el único que se comunica, ni tampoco que es lo hace de manera más “perfecta”. El lenguaje, es sólo uno, entre muchos otros, sistemas que permiten verificar tal función: la comunicación, que en el caso del ser humano pasa a ser no sólo un fenómeno de cognición sino también social. Ahora bien, como uno entre muchos, es, sin embargo, un sistema con ciertas particularidades que lo tornan en único: representa por medio de símbolos y, con ellos, permite manejar la realidad más allá del aquí y el ahora. Esto constituyó un salto cualitativo en la evolución de los seres vivos.

Definir qué es este lenguaje (en tanto facultad general) resulta complejo. Muchos lo han hecho, de diversas formas y con diversos énfasis. La variación depende de si el concepto pone el énfasis en la dimensión funcional (para qué sirve) o estructural (de qué está compuesto) del lenguaje. Nosotros adoptaremos y complementaremos como definición ad hoc la generada por el Dr. Gilberto Sánchez (2005), según la cual el lenguaje corresponde al sistema (que, por lo tanto, es estructurado) de símbolos (que se caracterizan por ser arbitrarios) vocales (en tanto lo sonoro antecede filogenética y ontogenéticamente a lo escrito) que permiten la comunicación (intra e inter comunicación), la categorización de la realidad, la constitución (factura, creación) y transmisión de la cultura, además de la construcción de la identidad grupal.

Ch. Hockett (1971) señaló las propiedades fundamentales que definen al lenguaje, en tanto sistema para la comunicación, y que, a su vez, lo diferencian de otros sistemas de comunicación existentes en el mundo

natural. Como veremos, entre estas características que lo hacen único en el universo de los sistemas de comunicación encontramos aquellas que lo vinculan con el fenómeno cultural mayor.

a) El lenguaje se caracteriza por poseer una *vía vocal auditiva*, es decir, se constituye en una señal cuya fuente de origen se encuentra en la cavidad oral del emisor y su destino final es el pabellón auricular del receptor. Esta propiedad, ciertamente, es compartida por otros sistemas, como puede ser el de un perro, un bovino o un ave, que utilizan el sonido (ondas mecánicas) como materialidad para sus señales.

b) Posee, además, *transmisión irradiada y percepción referida*. Al ser el sonido una onda mecánica y longitudinal, se va a propagar por el entorno siguiendo sus características: a partir de la fuente de emisión se va a difundir de modo irradiado desde ella hacia el entorno (experimentando una disminución de su energía de acuerdo con el efecto Doppler). A su vez, quien reciba la señal, va a orientar (referir) su audición respecto de su fuente, dirigiendo sus estructuras auditivas hacia ella. Aspecto, por tanto, igualmente compartido con cualquier otro sistema de comunicación que use la vía vocal auditiva.

c) Además, se caracteriza por el *fading rápido o carácter evanescente*. También derivado su materialidad acústica, en tanto onda mecánica, va a perder intensidad hasta desaparecer casi inmediatamente después de haberse emitido. Sólo recientemente (en comparación con el más de millón de años desde que emergió en nuestra especie), hace unos 4500 a 5000 años, la escritura vino a contrarrestar este carácter y se transformó en algo que permanece más allá del momento de su enunciación. Algo que se ha visto reforzado con la aparición y difusión de los medios magnetofónicos y luego digitales para registrar la voz. Ciertamente, es un carácter que comparte con todo aquel sistema que basa su señal en una materialidad acústica.

d) El lenguaje posee *retroalimentación*, en tanto quien emite la señal sonora es capaz, simultáneamente, de pensar y recibir un feedback – auditivo también – de lo emitido y, eventualmente, es capaz de

corregirlo. Aspecto este también compartido por los demás sistema vocales auditivos que existen en la naturaleza.

e) También se caracteriza por su *carácter discreto*, es decir, por estar constituido por unidades que son aislables, mensurables, dentro del continuo sonoro al que corresponde cualquier emisión lingüística. Es algo compartido por todos los sistemas vocales auditivos, pero, en el lenguaje, esas entidades que podemos aislar – segmentar - del continuo sonoro corresponden a los *fonemas, morfemas y palabras* (y, en un enfoque discursivo, otras unidades significativas, como puede ser una *frase, oración* o, incluso, un *acto de habla*). Sin embargo, también podemos encontrar este carácter discreto en otro tipo de sistemas de comunicación, como lo pueden ser aquellos que se basan en señales de índole visual, tal como el de las abejas, quienes en su “danza” transmiten información relativa a distancias y ubicación adoptando formas que son claramente segmentables e identificables.

f) La *especialización* es otra característica propia del lenguaje en tanto sistema de comunicación (compartida con los demás sistemas vocales auditivos, por cierto), referida a las consecuencias energéticas que implica para el organismo producir una emisión cualquiera. Desde este punto de vista, el lenguaje representa un nivel de gasto energético y metabólico muy bajo, al punto que podemos estar hablando por horas sólo teniendo la sensación reseca de la mucosa oral o faríngea. Esto, por tanto, convierte al lenguaje en una estrategia muy ventajosa para generar muchas señales por mucho tiempo sin reportar consecuencias metabólicas que lo impidan.

g) Finalmente, la *intercambiabilidad* es otra propiedad del lenguaje que es compartida con otros sistemas de comunicación en el mundo natural, consistente en la capacidad del emisor y del receptor de asumir, de modo alternado, el rol del otro, completando así el circuito de la comunicación y transformándola en el germen de toda relación social.

h) La *dualidad de pautamiento* (o doble articulación, tal como la denomina Martinet (1965) es una propiedad que aleja al lenguaje del resto de los sistemas de comunicación de la vida natural. Corresponde a una característica estructural que explica su potencial infinito de

creación al poder generar, a partir de inventarios limitados de elementos, junto con ciertas reglas de combinatoria, un conjunto ilimitado de emisiones. Por esta propiedad se entiende la constitución de cualquier emisión del lenguaje – en el pasado, presente y futuro de cualquier comunidad, y en cualquier lengua – a partir de dos tipos de unidades mínimas: *fonemas* (unidad mínima distintiva de significado) y *morfemas* (unidad mínima portadora de significado). Así, por ejemplo, en la palabra “casitas” encontramos un total de cinco fonemas - /k/, /a/, /s/, /i/, /t/ - y cuatro morfemas – [cas], morfema radical que indica la realidad extralingüística a la que se hace referencia, [it], morfema interfijo que indica diminutivo, [a] morfema que indica género gramatical femenino, y [s], que indica número gramatical plural -.

Se puede decir que no existe otro sistema de comunicación que se construya a partir de esta lógica, siendo, por tanto, una propiedad exclusiva. Sin embargo, hay que acotar que esto es correcto hasta donde nuestros conocimientos actuales lo permiten. Esto, pues nuestra comprensión del resto de los sistemas de comunicación en el mundo natural está completamente permeada por nuestro sesgo antropocentrista, lo que muchas veces lleva a pensar que el nuestro es el sistema más perfecto y completo.

i) Ligado a la capacidad combinatoria ilimitada que traer aparejada la propiedad anterior, se señala que el lenguaje se caracteriza por su *productividad*, es decir, por su capacidad ilimitada para referirse a (y crear, por tanto) infinitas realidades. Es esto lo que le permite al lenguaje adaptarse a las necesidades humanas y a la evolución de la sociedad que trae ello como consecuencia. De esta manera, podemos entender cómo es que la cultura no podría existir sin esta capacidad. Pensemos, por ejemplo, cómo a un ciudadano del siglo XIX le era imposible de hablar de la “capacidad de gigas de la memoria RAM de un computador laptop”. Claro, no existía nada de eso o, más bien, no existían como bienes culturales. La magia del lenguaje, en tanto herramienta de cultura, es ponerlo en circulación como bien simbólico una vez que este emerge a la vida social.

j) El lenguaje también se caracteriza por su *semánticidad*. Usamos este sistema para referirnos a realidades, sean estas extralingüísticas

(la “casa” o el “computador” anteriores) o lingüísticas (el morfema [cas-] en la palabra “casitas”), por lo que establece una relación entre el signo y la realidad referida.

k) Muy ligada a la anterior propiedad encontramos a **la arbitrariedad** que identifica al lenguaje. Según esta, no existe nada esencial (motivado, natural) que ligue a este signo con la realidad a la que refiere. O, dicho en términos más exactos, nada obliga a relacionar determinados significantes con sus significados. La prueba más fehaciente de aquello es la que nos aporta la visión comparativa entre las lenguas: en alemán se llama “hund”, en inglés “dog” y en mapudungún “trewa” a lo que nosotros – hispanoparlantes – denominamos por “perro”. Sin embargo, vale la pena matizar estos juicios, toda vez que existen en los sistemas lingüísticos históricamente determinados (lenguas como el español, chino, aymara, kwakiutl, etc.) palabras que tienen algún grado de motivación en su generación, como es el caso de las *onomatopeyas* (identificamos el golpear una puerta con un “toc - toc” o el sonido de un gato con un “miau”) y las *interjecciones* (si nos apretamos un dedo exclamamos ‘ay!’). Nadie puede negar el componente motivado de estas expresiones en tanto signos, pero ello no desestima por completo su carácter igualmente arbitrario. Así, por ejemplo, un perro en japonés ladra ‘ba - ba’ o en alemán ‘wau - wau’. Por tanto, estos signos, finalmente, no lo gran escapar a este carácter, en tanto siempre son aproximaciones a realidades externas o internas de acuerdo a las reglas de los sistemas fonológicos, al menos, de la lengua en la que se producen.

Ahora bien, asociado a este carácter arbitrario encontramos otro, que es una condición necesaria: su estatus **convencional**. Si no existe ninguna razón para realizar la asociación entre un signo y la realidad referida, debe existir un acuerdo entre los integrantes de la comunidad lingüística en cuestión para que esto ocurra. De no ser así, no se podría verificar la comunicación. Por tanto, arbitrariedad y convencionalidad en el lenguaje son las dos caras de la misma moneda. Ambas, por su parte, contribuyen a esta plasticidad que caracteriza al lenguaje, ya que aseguran su infinita capacidad de producción, directamente ligada, como dijimos, a la posibilidad de la existencia de la cultura.

l) El lenguaje se caracteriza por su *desplazamiento*, lo que corresponde a su capacidad para referirse a realidades que están más allá del aquí y ahora. Nos faculta para comunicar sobre sucesos que ocurrieron hace mucho tiempo y en lugares distantes del de mi enunciación. Facultad absolutamente necesaria para la constitución de cultura. Por ejemplo, la construcción de nuestra identidad nacional, e incluso individual, no sería posible sin el recurso a la historia. Lo que hemos leído en libros de texto o lo que nos han contado nuestros padres o abuelos es sólo una construcción de lenguaje.

m) Otra propiedad que es condición de posibilidad para el fenómeno cultural dependiente del lenguaje es la *prevaricación*. Según el diccionario de la RAE, esta se define, en el ámbito del derecho, como un “delito consistente en dictar a sabiendas una resolución injusta una autoridad, un juez o un funcionario”. En otras palabras, gracias al lenguaje podemos mentir, referirnos a cosas que no son verdad o cosas que son inexistentes. Si alejamos del plano de la ética este uso, y lo situamos en el plano de la cultura, constatamos que ella es, en buena medida, fruto de enunciados que surgen de esta capacidad. Por ejemplo, millones de personas hacen girar su vida diaria en torno a un concepto del que nadie tiene certeza objetiva de su existencia – Dios, sea en la religión que sea -, consagran sus vidas a él o hacen actos suicidas por él. En las primeras gramáticas coloniales sobre la lengua mapuche, hechas por sacerdotes misioneros, se les decía a los indígenas que si no tomaban el camino de Dios y seguían en el pecado iban a arder eternamente en el infierno. Qué se puede decir de eso: sólo construcciones de lenguaje, aunque para quienes tengan fe tengas estatus de axioma. Si pensamos ahora en otra gran construcción cultural como el “amor”, observamos lo mismo: un concepto que ordena nuestras vidas, para muchos es un factor de felicidad o de destrucción, pero que, a fin de cuentas, es una “invención” de los seres humanos en el concierto de la naturaleza, en donde no existe. Somos nosotros los que le hemos puesto ahí para hacer nuestras vidas más ricas y dotadas de sentido. Todo, gracias al lenguaje.

n) La *reflexividad* es otra propiedad que caracteriza a este sistema de comunicación que hemos creado los seres humanos. Con ella referimos a su capacidad de este código de generar señales – signos, mensajes – sobre sí mismo, es decir, la capacidad del lenguaje de

hablar del mismo lenguaje, produciendo lo que se denomina “metalenguaje”. Nuestras gramáticas, diccionarios y tratados de fonología son prueba de aquello, igual que las páginas de este libro o los contenidos de un curso de Lingüística. Esta capacidad es, a su vez, condición necesaria de la perpetuación del sistema en la comunidad, en la medida que permite su enseñanza a otros.

o) Finalmente, la llamada *transmisión tradicional y cultural* define al modo en el que el lenguaje se traspassa entre las distintas generaciones. Ya comentábamos que la reflexividad es la condición necesaria para esto, por lo que el mecanismo para que el sistema se instale y permanezca en los nuevos integrantes de la comunidad debe ser la transmisión por parte de las generaciones previas. Ello nos remite a la discusión sobre los determinantes genéticos o innatos en el lenguaje. Si bien han existido modelos innatistas respecto de la naturaleza y funcionamiento del lenguaje de amplia difusión y hegemonía, el estudio del lenguaje desde un punto de vista neurofisiológico y el estado actual de los estudios en Lingüística, permiten aseverar que, a diferencia de otros sistemas de comunicación animal, el rol del código genético en esta perpetuación está circunscrito sólo a la generación de las estructuras neurales y morfológicas que permiten la facultad general del lenguaje, a todos los seres humanos. Cuál sea, en lo específico, la técnica histórica a través de la cual cada grupo humano va a hacer uso de esta facultad (lo que corresponde a la definición de *lengua*) y, por tanto, que hablemos (español, náhuatl, bengalí, etc.) es algo que está determinado culturalmente, por la información que, a través de la socialización primaria, hemos recibido de las generaciones previas o contemporáneas.

Así observamos que las propiedades del lenguaje, y en particular aquellas que dicen relación con la constitución y transmisión de la cultura, permiten entenderlo como un fenómeno que nos define en términos filogenéticos y ontogenéticos, constituyéndolo en una poderosa herramienta para interactuar con el entorno. No es extraño, por tanto, que, en un momento determinado de nuestra evolución, lo hayamos seleccionado como estrategia adaptativa. Así, al cambio medio ambiental que gatilló el avance de la sabana por sobre la selva en Sudáfrica de hace 5 millones de años, la consecuente adopción de la bipedestación y liberación de las manos que caracterizó a los primeros homínidos (*australopithecus*)

hace alrededor de 4 millones de años), las consecuentes adaptaciones en términos de los hábitos alimenticios, morfología de la vía aérea y el macizo facial, debemos sumar la emergencia de esta capacidad lingüística que se retroalimenta con un proceso de desarrollo cortical global (sobre todo, de las cortezas motoras y de asociación, motora y sensorial). Decimos que se escogió al lenguaje como estrategia adaptativa en virtud de sus cualidades como “ventaja evolutiva”, entre las que encontramos:

a) Entrega la posibilidad de *objetivar la realidad*. Una vez adquirido, los homínidos, y luego los *homo sapiens sapiens*, ya no estuvieron sujetos a la inmediatez, pudiendo transformar en realidad interior aquello que estaba afuera. Los objetos y los fenómenos pudieron llevarse a donde se deseara, en tiempo y espacio. A su vez, se convirtió el lenguaje en un mecanismo para reducir la complejidad del entorno, estableciendo categorías lingüísticas que permitían clasificar la realidad (siempre más compleja que los sistemas – individuos) y hacerla manipulable. Por tanto, cualquier técnica de agricultura o de cría de ganado, por ejemplo, habría sido imposible sin el lenguaje.

b) Por otra parte, el lenguaje permite que exista *la división social del trabajo*, aspecto clave para que los grupos se hagan más eficientes en su explotación del medio. Gracias al lenguaje, los homínidos pudieron poner a disposición del colectivo sus habilidades personales, diseñando estrategias para cazar y recolectar. Luego, los sapiens sapiens, pudieron cultivar, crear grandes Estados, tratar enfermedades en hospitales y escribir libros o hacer clases sobre Lingüística. En otras palabras, todo lo que somos hoy como sociedad existe gracias a esta posibilidad que entrega el lenguaje.

c) Finalmente, cuando uno de aquellos primeros homínidos de hace 4 millones de años fallecía, toda su experiencia de vida acumulada (tal vez, sus habilidades de caza, su conocimiento de la naturaleza, sus emociones e ideas sobre su vida, etc.) moría con él y, por tanto, se perdía. Al emerger el lenguaje, en el universo homínido surge una nueva posibilidad: que la *experiencia individual* pase a ser un *tesoro del grupo*. Las técnicas de caza y todo el saber de cada sujeto podía ser transmitido al colectivo y, por tanto, ser usado por otros. Ello no solamente tuvo implicancias en la eficacia de las estrategias adaptativas de los homínidos, sino que además se constituyó en un



acicate para vivir en comunidad: formar parte de un grupo resultaba mucho más ventajoso que se un nómada aislado. Podemos entender, por tanto, que nuestro sentido gregario, muy bien descrito desde la antropología filosófica, encuentra también explicación en el surgimiento y consolidación del lenguaje como estrategia de adaptación al medio.

Así, una vez que el lenguaje se desarrolló y consolidó a través de las generaciones (hace unos 1.5 millones de años) ya la evolución no siguió su cauce estrictamente biológico, pues se sumó un complemento tanto o más poderoso: la cultura.

## II. El proceso de comunicación

Como hemos señalado, cuando se piensa en el lenguaje humano se le debe entender inserto en el fenómeno general y universal de la **comunicación**. Tradicionalmente, siguiendo el modelo clásico propuesto por Roman Jakobson (1967), se entendía a esta como un proceso lineal, en el que un **mensaje**, a través de un **canal** y determinado por un **contexto**, era transmitido desde un **emisor** hacia un **receptor**. Esta noción presenta, por tanto, una imagen del receptor como la parte más bien pasiva del circuito y al emisor como la activa. Sin embargo, toda vez que entendemos a la comunicación como un fenómeno fundamentalmente inferencial y situado socio-situacionalmente (Moreno Fernández, 2005, Sperber y Wilson, 1994), podemos observarla entonces como una actividad más compleja, determinada cognitiva, lingüística, social y culturalmente.

Sus participantes son los mismos, un **emisor** y un **receptor**. Una primera cuestión es si la intencionalidad del emisor para comunicar algo es condición necesaria para que se verifique el circuito. Al enfocar el proceso desde un punto de vista inferencial y social, podemos al menos dudar de esa afirmación. Basta que un receptor interprete un mensaje como tal, para que el circuito se cierre. El sentido social de la comunicación se basta a sí mismo, por tanto. Una cosa diferente es pensar si lo que se comunicó era lo que se pretendía o no, si la interpretación fue “correcta” o no. Centrar la comunicación en el mensaje y su carácter fidedigno o no es entenderla fuera de su función social, algo poco pertinente, por tanto (puede haber

interpretación errada del mensaje pretendido, pero la comunicación igualmente se produjo). Pero pensemos ahora en un el caso de un paciente autista. El tratante cree que cada vez que hace un gesto con la mano significa que tiene hambre (ha encontrado un patrón en eso, y le ha atribuido un significado). Ciertamente, el paciente no le confirma que entiende el mensaje. La pregunta es entonces, ¿puede ese paciente autista comunicarse? Insistimos en la comunicación como un proceso social, donde el receptor muchas veces es quien cierra el circuito. Por tanto, puede que en tal caso exista comunicación, pero el paciente no necesariamente ha tenido una intención comunicativa, ni, mucho menos, puede asumir el rol de receptor al intercambiar roles (si el terapeuta pregunta algo, por ejemplo). Es por eso que su capacidad de interactuar con el medio es absolutamente limitada: él, como receptor, a su vez, es incapaz de cerrar el circuito. Sin embargo, el desafío es entonces encontrar los patrones que permitan establecer su real capacidad de establecer un proceso comunicativo con una función social.

En el circuito comunicativo el *emisor*, al momento de producir su mensaje, cuenta con una serie de *condicionantes psíquicas* (hoy lo despidieron del trabajo, tuvo un encuentro sexual satisfactorio la noche anterior, etc.) y *contextuales* (se encuentra en una entrevista de trabajo, está en el proceso de entrevista clínica con un paciente en un consultorio periférico de la ciudad, está en una reunión con amigos de toda la vida en una noche de fiesta, etc.) que van a determinar la estructura del mensaje que va a emitir. Finalmente, cuenta con una *horma lingüística*, el sistema de la lengua que habla, que le permite la codificación de su mensaje. Por su parte, el otro sujeto constituyente del circuito, igualmente va estar determinado – ahora en la interpretación del mensaje – por sus propias *condicionantes psíquicas* y *las condicionantes contextuales* que se supone comparte con el emisor, al igual que va a poseer un sistema lingüístico que le permite la actividad de decodificación que debe realizar. Sin embargo, su tarea resulta ser mucho más activa, a veces, que la del propio emisor: es a quien le corresponde cerrar el circuito y, a la vez que realiza su labor de *decodificación* del mensaje, puede estar realizando una *autocodificación* de propios mensajes respecto de lo que le están informando (‘qué aburrido es’, ‘tengo que irme a almorzar’, ‘al fin me lo dice’, ‘¿qué le respondo?’, etc.), y está preparando una respuesta.

Al igual que en el modelo clásico sobre la comunicación, existe un *canal* por el cual se transmiten los mensajes (auditivo, visual), el que puede estar interferido por ruidos, los que no siempre deben ser conceptualizados como destructivos o distorsionadores: incluso ellos pueden ser objeto de comunicación (dos personas conversan de lo molesto que es hablar en el metro, o una madre le reclama a su hijo por lo alto de la música que escucha cada vez que le va a regañar por haber llegado tarde los sábados).

Un comentario especial requiere la noción del *contexto* y su influencia en el proceso. El contexto no es un espacio dado, ontológicamente existente. Corresponde más bien a un constructo mental (que puede referirse también al espacio físico, por cierto) que realizan tanto emisor como receptor respecto de la situación comunicativa, y de acuerdo con el cual estructuran e interpretan sus mensajes.

Y en esa construcción, claro, intervienen variables sociales y culturales. Así, por ejemplo, cuando un profesor entra a una sala de clases, él genera un contexto en el cual los alumnos deben escuchar y el hablar; además, debe hacerlo en un registro formal y referido a ciertas materias especializadas. Por su parte, los alumnos construyen uno en el que ellos deben sentarse en un lugar específico de la sala, abrir sus cuadernos y escribir lo que el docente dice; además, si tienen la intención de intervenir y hablarle al profesor, deben levantar la mano y esa intervención debe ser atingente a lo que él les plantea.

Finalmente, ambos suponen que a una hora específica y luego de algún acto de habla de cierre – ‘que les vaya bien, esto es todo, hasta la próxima clase’ – el evento comunicativo terminó. De la misma manera, cuando un paciente en cama en un hospital es visitado por un médico, ambos construyen un contexto en el que, el primero sabe que debe responder si el segundo le pregunta (además, sabe que no le va a preguntar por el clima o cómo estuvo el partido de fútbol del día anterior, al menos, no como tema fundamental de su encuentro comunicativo), y aceptar lo vago o confuso que le puedan parecer las respuestas que el médico le da en tanto autoridad.

A su vez, es este último el que cierra el evento, cuando él lo estima pertinente. Puede preguntar al paciente aspectos íntimos, que a nadie le contaría en un encuentro casual, por ejemplo (‘¿Cómo ha estado su orina?’, ‘¿Tiene problemas para obrar (defecar)?’). Así observamos que es este

contexto construido el que permite entender lo que ocurre en el proceso comunicativo y refuerza nuestro planteamiento inicial, de entenderla no sólo como un evento de intercambio cognitivo de información, sino que, de modo importante, como un fenómeno social, con funciones culturalmente determinadas. Esto mismo permite completar la explicación del ejemplo del paciente autista: el tratante puede haber inferido un mensaje desde el afectado, pero es una incógnita el contexto construido por este, ni él tampoco puede cerrar el circuito como receptor. La comunicación como fenómeno social está incompleta, fragmentada.

Finalmente, en cuanto al *mensaje*, este no es una realidad unitaria ni simple. Puede haber más de un tipo de mensaje por cada evento comunicativo: un *mensaje explícito*, que corresponde a lo que decimos en su sentido literal ('préstame el cuaderno'), un *mensaje latente*, que corresponde a aquello implícito, tanto en lo dicho como no dicho en la comunicación ('¿tiene hora que me diga?' como una fórmula para decir '¿Qué hora es?'). Si analizamos el conjunto total de mensajes que intercambiamos en el cotidiano no debería sorprendernos que aquellos que son latentes superen a los explícitos, recalcando nuestra concepción de la comunicación como un proceso inferencial, en el que corresponde al receptor agregar los *enlaces omitidos* que el emisor ha dejado para que reconstruya el real sentido de lo expresado. En último término, un tercer tipo de mensaje se debe añadir: aquellos referidos al lenguaje mismo, el *metalenguaje* ('No entendí ni una güeá de las que dijo el profe en la clase', le comenta un alumno a su compañero de asiento, por ejemplo, donde el nombre "güeá" está reemplazando a otras palabras: 'cosa', 'contenido', 'palabra', etc.).

### III. La diversidad lingüística como norma antes que excepción

Así como el lenguaje es un fenómeno íntimamente ligado a nuestra evolución como especie, y el resultado de esta ha sido una diversidad en cuanto a razas y tipos humanos, los productos lingüísticos históricos humanos (las lenguas) también son un reflejo de esa diversidad y variabilidad. A pesar de que por razones políticas y económicas el gran relato de la sociedad actual sea el de la 'aldea global' y su tendencia a la homogenización económica, cultural y lingüística (con la instauración de

nuevas lenguas francas y lenguas de “cultura/ poder”), no se puede negar el hecho de que la diversidad lingüística en el mundo es una norma antes que una excepción.

Según los datos por el SIL (Summer Institut of Linguistics), existirían hoy en el mundo unas 7000 lenguas vivas. Hay que considerar, en todo caso, que el recuento de lenguas puede ser una actividad arriesgada, en términos de su absoluta exactitud.

Los criterios que guían tal indagación (qué se considera lengua, qué se considera dialecto) y la posibilidad de que existan aún lenguas desconocidas o que, dada la dinamicidad de la vida social, hayan algunas ya desaparecidas y otras en fase de recuperación, hacen que cualquier cifra siempre deba ser considerada como una aproximación y necesaria de ser cotejada con registros de otras instituciones de confianza (UNESCO y centros universitarios o administrativos locales).

La distribución por continente de estas 7000 lenguas actuales (6909, más exactamente) señala que corresponde a Asia la mayor concentración (33.6% de las lenguas del mundo), seguida de África (30.5%), y luego el Área Pacífico (18.1%). Los continentes que concentrarían la menor cantidad de lenguas serían América (14.4%) y, finalmente, Europa (3.4%). Si nuestro recuento se centra ahora en países, aquel que concentra la mayor cantidad es Papúa Nueva Guinea, con 830 lenguas, seguida por Indonesia, con 722. Esta primera revisión ya nos arroja algunas constantes que van a marcar lo que es la realidad lingüística humana y su relación con el interés que la Lingüística, como ciencia del lenguaje, manifiesta por ella.

En primer lugar, que la mayor concentración de objetos de estudio es en áreas en las que la tradición lingüística no ha puesto su atención: los estudios de lenguas ubicadas en esas zonas son más bien anecdóticos y no forman parte de las líneas hegemónicas de interés e investigación de la Lingüística. Luego, coincidentemente, corresponden a zonas política, económica y culturalmente olvidadas, en tanto marginales, porque sus poblaciones también lo son.

Al centrar nuestra atención en las familias de lenguas en el mundo (que suman 226), encontramos que la principal es la *austronésica* (incluyendo un total de 1231 lenguas asociadas a ella), con representantes

en países tan diversos como China, Nueva Zelanda, Madagascar e, incluso Chile (el *vananga rapa nui*, en Isla de Pascua). Le sigue la familia *niger – congo* (con 1510 representantes), hablada en gran parte del territorio africano, la *trans – nueva guinea* (475 representantes), hablada en Indonesia y Papúa Nueva Guinea, y la *chino – tibetana* (445 lenguas derivadas de ella). Cierran la lista la familia *indoeuropea* (con 426 representantes), la de mayor trascendencia en la historia de la Lingüística (nuevamente, por razones no lingüísticas), y, finalmente, la familia *afro – asiática* (con 353 representantes).

Si enfocamos nuestra atención en lenguas en particular, considerando la cantidad de población que las habla, encontramos al *chino* (en rigor, al grupo de lenguas *chino tibetanas*) como la principal, con más de 1.200 millones de hablantes, distribuidos en 31 países. Luego, el segundo lugar, en un fenómeno con determinantes políticas y económicas, las últimas décadas, ha estado siendo disputado por el *inglés* (con leve ventaja, hablado en más de 100 países) y el *castellano* o *español* (hablado en más de 40, relegado a un tercer puesto). Les siguen, en orden, el *árabe*, el *hindi* y el *bengalí*. Completan la lista de las 10 lenguas con más hablantes el *portugués*, el *ruso*, el *japonés* y el *alemán*.

Son el selecto grupo de las (mal) llamadas “lenguas de cultura”. Son lenguas de importancia (dejando a un lado al *hindi* y *bengalí*) política, económica y, claro está, lingüística. Sin embargo, cuando situamos estas cifras en el contexto del número total de hablantes de lenguas en el mundo, nos damos cuenta que son una minoría: aquellas habladas por entre 10 y 100 millones de personas sólo representan al 0.1% de las lenguas del mundo. De hecho, las lenguas habladas por menos de 10 mil personas conforman casi el 80% del total. Nuevamente, la Lingüística, en tanto actividad científica determinada por su contexto de producción, no se ha abocado, salvo excepciones, a dar cuenta de esta diversidad.

Si observamos ahora nuestra realidad americana, la impresión de riqueza y diversidad que se verifica a nivel mundial también está presente, ahora con el valioso aporte que entregan las lenguas indígenas. Brasil es el país que cuenta con más lenguas (unas 170 a 180), seguido de México (90 a 100) y Nicaragua (100). Colombia es otro país de América con riqueza lingüística de importancia (unas 65 lenguas), igualmente Perú (66) y Bolivia (36). Guatemala está más atrás en número (21), pero con la

trascendencia histórica de que ellas corresponden a la familia *maya*. Antes de revisar el caso de Chile es importante comentar el caso de Uruguay, que es el único país de América en donde no se hablan lenguas indígenas (no obstante, en el pasado allí habitaron indígenas que hablaban sus lenguas nativas, como el *charrúa* o el *gauraní*, por ejemplo. De hecho, “Uruguay” es un nombre indígena). Las principales familias de lenguas en el continente han sido la *arawaka* (con unos 100 representantes, hablada desde Las Antillas hasta Perú), la *Caribe* (60 representantes), *yuto azteca* (16 lenguas derivadas de ella, incluido el *náhuatl*), *maya* (con 32 representantes, incluido el *maya q’iché*), *tupi guaraní* (con 60 lenguas, con el *guaraní* como la principal) y *quechua* (o *runasimi*).

Todas estas lenguas indígenas americanas son mutuamente ininteligibles, lo que se observa en su vocabulario fundamental. Así, por ejemplo, la palabra ‘agua’ se dice ‘yaku’ en *quechua*, ‘ubi’ en *aymara*, ‘ü’ en *guaraní*, ‘ko’ en *mapudungún* y ‘atl’ en *nahuatl*. Sin embargo, presentan una similitud estructural: tipológicamente son aglutinantes y polisintéticas. Forman sus palabras de modo similar, reuniendo muchos morfemas en torno a un morfema radical y, por tanto, condensando en palabras breves una gran cantidad de significado (lo que en lenguas flexivas analíticas, como el *castellano*, se distribuiría en frases u oraciones). Por ejemplo:

- En *mapudungún*, “*Kisu rume piwkeyerkekefuy tañi kure*” (“dicen que siempre llevaba en el corazón a su esposa”), donde
  - *Piwke* = corazón
  - *ye* = llevar
  - *rke* = reportativo
  - *ke* = acción habitual, siempre
  - *fu* = pasado imperfecto
  - *y* = modo indicativo
- En *quechua*, “*Jamuwarqankichu*” (“¿Viniste por mí?”), donde:
  - *Jamu* = raíz verbal verbo venir
  - *wa* = tú a mí
  - *rqa* = indica que la acción no ha concluido aún
  - *nki* = segunda persona singular
  - *chu* = interrogativo

- En *nahuatl*, “*Nikonitas*” (“Te voy a ir a ver/ te veré mañana”), donde:
  - *Ni* = primera persona singular
  - *k* = complemento directo (el, la, lo)
  - *on* = allá
  - *i* = interrogativo
  - *ta* = raíz verbal ser
  - *s* = tiempo futuro

Finalmente, situados en la realidad chilena (Sánchez, 2005), encontramos que, en el pasado prehispánico llegaron a hablarse en nuestro territorio 11 lenguas, de norte a sur: *atacameño* o *kunza*, *chango*, *diaguita* (o *kakan*), *aymara*, *quechua*, *mapudungun*, *chono*, *selk’nam* (u *ona*), *yagán* (o *yamana*), *kaweskar* (o *alacalufe*), más el *rapa nui* (*vananga rapa nui*) en el territorio insular. De ellas, sólo se conservan, con vitalidad, el *rapa nui* (favorecido por su aislamiento físico del continente, sus dinámicas históricas respecto del Estado chileno y la representación social de lo ‘indígena’ asociado al universo polinesico, una forma más ‘prestigiosa’, asociado más a lo exótico antes que a lo deficitario, que la del universo andino y/o mapuche), *aymara* (en el altiplano de la primera y segunda región), en proceso de pérdida de vitalidad al descender por razones laborales la población nativa hacia las ciudades en la planicie (Gunderman, 2008) y el *mapudungún*, también en un proceso de pérdida de vitalidad, no obstante ser el grupo étnico de mayor representación demográfica en la actualidad (Lagos et al 2009).

Aún se conservan unos pocos hablantes de *kaweskar* en Puerto Edén, pero es una lengua con escasa vitalidad y en franco proceso de desaparición si no se toman medidas pertinentes. Idéntica situación que experimenta el *yamana*, aunque más dramática.

#### IV. La Lingüística como ciencia. Objeto y métodos

Una vez que nos hemos familiarizado con conceptos tan fundamentales como los de *lenguaje*, *lengua* y *comunicación*, y habiendo conocido la riqueza y diversidad que encierran tales fenómenos, podemos encargarnos de definir a la Lingüística como ciencia y caracterizar tanto su objeto de estudio como la manera de abordarlo.



*La Lingüística* es una ciencia social. Como tal, se hace parte de la tradición de las ciencias sociales, surgidas a fines del siglo XIX y comienzos XX, muy fuertemente influida por el paradigma hegemónico en Filosofía de las Ciencias de la época – el *Positivismo*, y los planteamientos de sus exponentes en el *Círculo de Viena* – y por el paradigma hegemónico en el pasamiento social de entonces – el *Evolucionismo*. Ambas influencias permiten entender la fisionomía que adoptó esta ciencia entonces y que se replica hasta el día de hoy.

Es por eso que una de las ideas que debemos asociar a nuestra comprensión de la Lingüística, en tanto ciencia, es la de que la sombra de la ciencia clásica siempre ha estado sobre sus hombros, como un inevitable peso con el que ha tenido y tiene que cargar.

Es importante señalar, sin embargo, que su vertiente original tiene más que ver con las Humanidades (la *Filología* es la disciplina madre de la Lingüística) antes que con la *Ciencia* (Mounin 1984, Malmberg, 1967). La faceta más científica de la disciplina emerge cuando, precisamente, se consolidan el resto de las ciencias sociales (en particular, la Sociología), a fines del siglo XIX y comienzos del XX (con la *Gramática Histórico Comparada*, y el canon de ciencia del lenguaje instaurado por el grupo de investigadores conocidos como *Neogramáticos*). Aspecto que más adelante reseñaremos.

Como ciencia, la *Lingüística* se caracteriza por ser *empírica*, pues basa sus aseveraciones y planteamientos sobre el lenguaje en datos que pueden ser registrados a través de la observación e, incluso, el registro experimental y con aparatos (como en la *Fonética experimental*, por ejemplo). También se caracteriza por ser *social*, en tanto su objeto de estudio, el lenguaje, es un comportamiento que ocurre en la sociedad, inserto en interacciones sociales, y que es el marco y fondo de las mismas. Por este motivo, su objeto es *no trivial*: el lenguaje, y las lenguas, cuando es observado más allá de su *reificación en la noción de sistema*, no responde a las determinantes mecanicistas de los fenómenos de la naturaleza.

El lenguaje, sus productos y las conductas asociadas a él, es algo no predecible, al menos en la escala que los fenómenos naturales lo son. Como toda ciencia, ha velado en el desarrollo de su corta existencia por ser

*exhaustiva* en el tratamiento de su objeto, a la vez que apelar a los principios de la *economía* en sus formulaciones (como ocurrió en los planteamientos de L. Hjelmslev, y su *Glosemática*, y en la *Gramática Generativa* de N. Chomsky), intentando formular *hipótesis* sobre los fenómenos que estudia, desarrollando *métodos* para comprobarlas y, finalmente, intentar formular *principios de validez general* o universal (*leyes*) que expliquen el comportamiento de lo observado (tal como ocurrió en la *Gramática Histórico Comparada* con las llamadas “leyes de Grimm”, que intentaban demostrar la regularidad de los cambios fonéticos en las lenguas indoeuropeas, en general, y germánicas, en particular). Procurar el cumplimiento de estos requisitos ha sido la manifestación más clara de su afán por imitar al modelo de *ciencia clásica*, una constante, en todo caso, de todas las ciencias sociales, sin excepción.

A un costado, las áreas de desarrollo de la Lingüística que remiten a su *origen en las Humanidades* (áreas como la *Filología*, la *Etimología*, la *Lexicografía*, entre otras) han persistido y han continuado su desarrollo, no sin algún grado de ‘contaminación’ del modelo catalogado como *científico*.

En cuanto a su objeto de estudio, a la Lingüística le interesa dar cuenta del *lenguaje humano en todas sus manifestaciones* (Robins, 1971). Es importante esto último, pues plantea la necesidad de entender al lenguaje en tanto un objeto que tiene su valor en sí mismo, más allá de otras consideraciones que no sean lingüísticas. Así, por ejemplo, dentro de sus intereses encontramos:

**a)** Tanto a las llamadas *lenguas de cultura*, aquellas habladas por muchos millones de personas, y, claramente, asociadas a un poder económico, político y cultural (chino, inglés, castellano, por ejemplo), como a aquellas habladas por poblaciones menos numerosas y que tienen menor poder, en cualquier sentido (tales como el *estoniano*, *lituano*, *vasco*, *náhuatl*, *mapudungún*, etc.). Lo importante es señalar que el objeto de interés lingüístico no está definido por el peso demográfico ni sociopolítico de sus hablantes, sino que **sólo por el hecho de ser un sistema lingüístico creado y usado por una comunidad de hablantes**.

**b)** Tanto las *lenguas naturales*, esto es, aquellas surgidas espontáneamente en la interacción entre los integrantes de una

comunidad a través de su historia (el *bengalí*, *alemán*, *hopi*, etc.), como las ***lenguas artificiales***, que son aquellas que son resultado de un esfuerzo racional y sistemático de creación por parte de un grupo de personas persiguiendo objetivos declarados. Se clasifican en *auxiliares* (creadas para ser habladas por seres humanos, y que, según su alcance en la población, pueden ser *universales* o *regionales*), *experimentales* y *ficcionales*. A través de la historia, y desde 1880 (en que J. Schleyer creó el *volapük*) ha habido múltiples proyectos que han dado vida a un buen número de lenguas artificiales, siendo el caso del ***esperanto*** (lengua *auxiliar universal*, creada por L. Zamenhof en 1887) el que alcanzó el mayor renombre, en tanto una inciativa que buscaba crear una lengua, muy simple y de un número reducido de lenguas, que fomentara la comunicación internacional y democratizara las comunicaciones, eliminando la hegemonía de ciertas lenguas, pasando todos los hablantes a valer lo mismo. Ideales muy altruistas que provenían de un médico judío que se anticipaba a lo que vendría en el próximo siglo.

c) Por otra parte, a la Lingüística le interesan las llamadas ***lenguas vivas***, aquellas que son usadas por una comunidad lingüística para sus interacciones comunicativas efectivas. Una prueba de su *vitalidad* no es solamente la multiplicidad de sus contextos de uso, ni la cantidad de sus hablantes, sino que también su capacidad de ir cambiando, *evolucionando*, según las necesidades de las comunidades lingüísticas que las hablan. Sin embargo, también, van a ser objetos de atención para la Lingüística, las llamadas ***lenguas muertas***, aquellas que ya no son un medio de comunicación efectiva para una comunidad. Un ejemplo son las llamadas lenguas clásicas, que si bien para muchos siguen *vivas* en tanto usamos muchos términos que provienen de ellas (es el caso de los innumerables términos provenientes del latín y el griego usados en el castellano y otras lenguas. De hecho, sería imposible estudiar y entender la medicina sin ellos). O también pensemos en el uso que se da en el ámbito eclesiástico al latín culto. Sin embargo, estas son productos estáticos, no evolucionan para dar respuestas a las necesidades de sus hablantes. Catalogarlas de *muertas* no es un calificativo peyorativo, sino que es sólo producto de la herencia terminológica propia del siglo XIX, que homologó a las lenguas con los seres vivos, por lo que no quiere decir que importen

menos o sean menos valiosas en el contexto del fenómeno lingüístico general, sino sólo una categoría distinta, en la medida que entendemos a las lenguas como instrumentos simbólicos que tienen una función social. El mensaje, finalmente es el mismo, para la Lingüística ambos objetos van a ser igualmente valiosos en tanto sistemas lingüísticos.

d) Finalmente, corresponde a una manifestación del lenguaje de interés para la Lingüística las variaciones que este presenta según los ejes geográficos, *socio estructurales* y *socio situacionales*.

- El primer eje de variación del lenguaje corresponde a la **variación diatópica**, que es aquella que experimenta de acuerdo con el espacio geográfico en el que se habla. De esta manera, resulta de interés indagar cómo es diferente la realización del castellano, por ejemplo, en las distintas áreas hispanoparlantes del mundo (América y España, principalmente). Allí, mientras en Colombia, Argentina y Uruguay, por ejemplo, se puede encontrar una realización caracterizada por el ‘voceo’ (dicen ‘*vos hacés ...*’), en otras áreas, como Chile, México o Guatemala no ocurre (decimos ‘*tú haces...*’). Del mismo modo, puede registrarse cómo el castellano hablado en México se caracteriza, al igual que en Perú y Bolivia, por una tendencia a realizar vocales más breves y a la no elisión o aspiración de /s/ en contexto final de palabra (lo que lleva a que no pocos en el comentario coloquial se refieran a lo “bien que hablan los peruanos y bolivianos”).

- Otro rasgo característico es la nasalización de consonantes típica del castellano hablado en el Caribe, igual que su trueque de líquidas (decir /*kalne*/ en vez de /*karne*/ o /*beldad*/ en vez de /*berdad*/). También, en el ámbito léxico, podemos entender cómo, mientras en España se puede decir que una maleta es “*guapa*”, en Chile reservamos tal adjetivo para calificar a una persona (una *mujer guapa*, un *hombre guapo*) y, por tanto, hablar de la maleta “*bonita*”. La misma variación la apreciamos cuando la expresión “*No fijar carteles*”, en la muralla de una calle en Valladolid, se entiende como “*No pegar carteles*”, en una calle de Santiago de Chile. Por último, dentro de las distintas regiones de Chile, se puede apreciar la variación léxica entre la palabra “*calato*” para desnudo con respecto al centro sur, donde no presenta ocurrencia, o la realización del

fonema /ʎ/ (llamada “ll” castellana), un arcaísmo, en algunas localidades rurales apartadas en el sur de Chile. Igualmente, mientras los mapuches de un área dicen /bilu/ (serpiente, culebra), los de otra región dirán /filu/. Todas estas variantes de un mismo sistema, castellano, mapudungún o cualquier lengua, corresponden a dialectos de ella. Así, el concepto de *dialecto*, una común confusión en estudiantes iniciales de Lingüística, corresponde a variantes geográficas de una misma lengua, las que deben cumplir con el requisito de mutua inteligibilidad.

- El segundo eje de variación del lenguaje corresponde a los cambios que puede experimentar un mismo sistema dentro de una comunidad de acuerdo a la posición de sus hablantes dentro de la estructura social, lo que se conoce como *diferencias diastráticas*. Este entramado define roles y status de los individuos de acuerdo a su pertenencia a distintos subgrupos o subculturas de la sociedad, definiendo su acceso a repertorios lingüísticos diferenciados. Es un eje en donde se mezclan tanto factores sociales como culturales. Así, por ejemplo, esperamos que el comportamiento lingüístico, dentro de la misma lengua castellana, sea diferente en una persona que ha recibido educación universitaria respecto de otro que no logró terminar la enseñanza básica. Esperaremos, en este caso, que el segundo pueda tener realizaciones como “yo no cabo”, en un nivel morfosintáctico, /fileno/ (“shileno”), en el nivel fono - fonológico (realizado con un fonema fricativo alveolar áfono oral, en vez del rasgo no marcado socialmente dado por la realización africada), o nos diga que somos unos “longis”, en el nivel léxico (aludiendo a que no somos muy inteligentes o vivaces). En este caso, la variable educacional determina su acceso diferencial al conocimiento lingüístico.

- De la misma manera, alguien que trabaje en un hospital como médico, enfermera o kinesiólogo tendrá la tendencia a hablar de sus pacientes como “caderas”, “metástasis”, “ligamentos rotos” (lo que se conoce como un *tecnolecto*, en tanto variante asociada a la actividad laboral de un grupo). Finalmente, tribus urbanas como los “pokemones” usarán términos como “paté” (para referirse al pene), “hacer la choca” (hacer la cimarra), “ponciar” (ligarse varios chicos

o chicas a la vez) y “*mojar el rollo*” (tener relaciones sexuales). Todas estas manifestaciones constituyen *sociolectos*, en tanto variantes sociales (estructurales y culturales) de una lengua, y, he aquí lo importante, son fenómenos igualmente valiosos e interesantes para realizar estudios lingüísticos, más allá de que los grupos o las expresiones asociadas sean consideradas, coloquialmente, como *vulgares, degradadas o socialmente bajas*.

- Finalmente, la Lingüística se interesa también por las variaciones del lenguaje de acuerdo al contexto sociosituacional en el que se verifica su uso, conocidas como *diferencias diafásicas*. Como señaláramos antes, al momento de la interacción los participantes actúan lingüísticamente observando al contexto que han construido, en virtud de su cultura (comunicativa). Así, por ejemplo, ante una entrevista de trabajo, el postulante va a extremar sus recursos para que su expresión aparezca como cuidada e indique su nivel de preparación. Ninguno va a saludar al jefe o el entrevistador con “¿Cómo estai’ po’ perrín?”, sino que lo hará apelando al registro más formal que conoce. Igualmente, se comportará distinto si está cenando en su casa con su familia o si comparte con su grupo de compañeros de la universidad en un espacio de intimidad. De esta manera, este eje diafásico determina el uso de distintos *registros o estilos* por parte de los hablantes, los que se clasifican, por ejemplo, en formales e informales, y todos los posibles grados intermedios que ellos puedan generar de acuerdo con la situación comunicativa.

Todo lo anterior es una imagen que nos muestra a las comunidades como característicamente heterogéneas, con hablantes que poseen distintos niveles de conocimiento dependiendo de sus características sociales dentro ellas. El concepto de *lengua funcional* es el adecuado para referir al estatus del sistema en cada uno de estos niveles de variación. Es por esto que se puede decir que somos “políglotas” dentro de nuestra propia lengua, manejando distintos niveles de ese sistema mayor de acuerdo al lugar geográfico en que estemos, nuestra matriz de origen social y cultural, y nuestra concepción del espacio social que define el acto comunicativo.

Habiendo ya definido este objeto de estudio, donde, recalcamos, lo que interesa a la Lingüística es *el objeto lenguaje y las lenguas* en sí mismo, más allá de las consideraciones geopolíticas, su vitalidad y sus

connotaciones sociales y culturales (es igualmente válido el lenguaje usados por los reos de una cárcel o habitantes de un campamento muy marginal que la lengua académica o la estructura de los informes científicos o tesis de alguna disciplina), es relevante señalar las perspectivas metodológicas que asume la disciplina para dar cuenta de modo exhaustivo de este objeto, perspectivas que permiten clasificar los tipos de Lingüística existentes. En primer lugar, debemos distinguir entre una *Lingüística general* y una *Lingüística de las lenguas*. La primera, se dedica al estudio de las propiedades y características del Lenguaje, en tanto facultad general, independiente de los distintos sistemas a través de los cuales se lleva a cabo, las lenguas. Las grandes corrientes lingüísticas de la historia (la *Gramática Comparada*, el *Estructuralismo* en todas sus escuelas, la Gramática Generativa) corresponden a un ejemplo. Por su parte, la *Lingüística de las lenguas* se aboca a estudiar sistemas lingüísticos en particular (Lingüística española, inglesa, semita, indígena, etc.) en sus distintos niveles (fonológico, por ejemplo), ejes de variación y perspectiva temporal.

Además, el estudio en cualquiera de estas áreas se va a orientar según el rol que juegue el eje temporal en las descripciones, además del carácter comparado de las mismas. Así, conocemos de tres enfoques o tipos de Lingüística:

**a) La *Lingüística sincrónica*** es aquella que estudia al lenguaje y las lenguas haciendo abstracción del factor tiempo en su descripción. Realiza un corte analítico en el desarrollo de un sistema lingüístico para sólo describir el estado de las relaciones entre los elementos constitutivos del sistema de la lengua en un momento dado (un *estado de lengua*), una abstracción en donde todos los valores están definidos por las relaciones. Es importante señalar que un enfoque como este no significa realizar, necesariamente, una Lingüística del momento actual de una lengua. El ‘corte’ sincrónico que realiza el investigador es una ‘fotografía’ de cualquier momento de ese sistema, abstrayendo todo lo que ha ocurrido antes y lo que pueda ocurrir después. Por tanto, ese *estado* puede ser parte del pasado de la lengua. De hecho, esta perspectiva entrega el insumo indispensable para realizar cualquier descripción histórica de una lengua: contar con la descripción de dos o más estados de una lengua en particular.

La Lingüística con un enfoque sincrónico se homóloga a términos con los que usualmente se le designa en los manuales e investigaciones lingüísticas. Estos son los de *Lingüística descriptiva* y *Lingüística estática*. Como ejemplo de este tipo de Lingüística podemos citar al reciente artículo, aparecido en el Boletín de Filología de la Universidad de Chile de 2009, “La perífrasis estar + ndo en puertorriqueños bilingües con residencia en Estados Unidos” (Márques, 2009).

**b)** La *Lingüística histórica*, que se basa en un enfoque diacrónico para describir el lenguaje, realiza su labor considerando el factor tiempo. De esta manera, se preocupa por describir los cambios en un sistema lingüístico de un periodo a otro (en otras palabras, de un *estado de lengua* a otro), considerando las causas y las consecuencias de dichos cambios en el sistema de la lengua. En el mismo número del año 2009 del Boletín de Filología encontramos otro estudio que ilustra este tipo de Lingüística y su enfoque, se trata de “La lengua escrita en algunos documentos cumanaqueños de misioneros aragoneses en la Venezuela de los siglos XVII y XVIII: aspectos léxicos y gráficos” (Serrano, 2009).

**c)** Finalmente, un tercer tipo de enfoque lingüístico lo encontramos en la llamada *Lingüística comparada*, que, como lo señala su nombre, basa su descripción en la comparación entre dos o más lenguas en base a dos posibles criterios:

- Una búsqueda de posibles relaciones genéticas o de parentesco entre lenguas, a partir de sus similitudes. Así, por ejemplo, a partir del enfoque comparado podemos establecer la pertenencia a una misma familia por parte de las lenguas romances. En el ejemplo, es claro el “aire de familia”:

<i>Latín</i>	<i>Español</i>	<i>Portugués</i>	<i>Italiano</i>	<i>Francés</i>	<i>Rumano</i>
<i>Lactem</i>	<i>Leche</i>	<i>Leite</i>	<i>Latte</i>	<i>Lait</i>	<i>Lapte</i>
<i>Caelum</i>	<i>Cielo</i>	<i>Cèu</i>	<i>Cielo</i>	<i>Ciel</i>	<i>Cer</i>

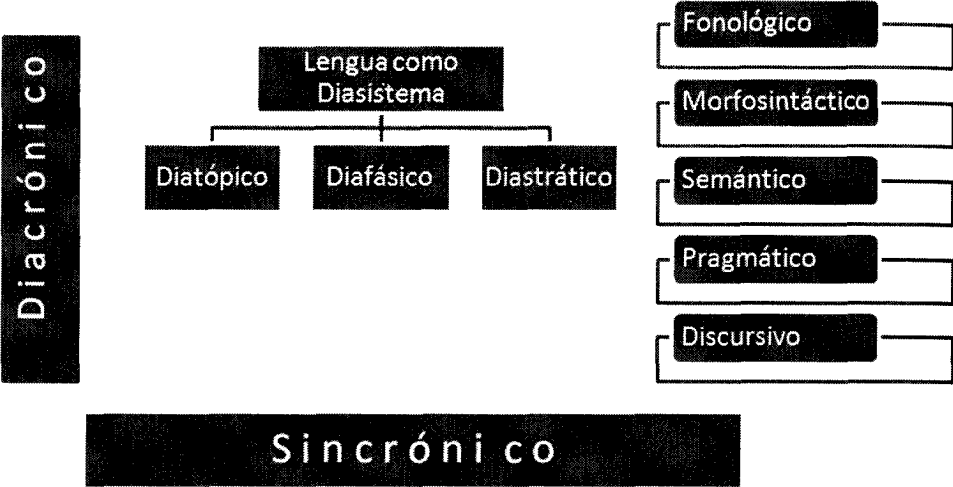


- Este mismo enfoque comparado, ahora utilizado al estudiar las lenguas indígenas de América, nos muestra cómo ellas pertenecen a distintas familias. Así vemos, por ejemplo, cómo su vocabulario fundamental es fundamentalmente diferente:

<i>Azteca</i>	<i>Quechua</i>	<i>Aymara</i>	<i>Mapudungun</i>	<i>Guaraní</i>	<i>Maya quiché</i>	<i>Huitoto</i>
<i>Tetl</i>	<i>rumi</i>	<i>qala</i>	<i>Kura (piedra)</i>	<i>ita</i>	<i>ab'aj</i>	<i>nofici'</i>
<i>Chichi</i>	<i>Allqo</i>	<i>Anu</i>	<i>Trewa (perro)</i>	<i>jaquá</i>	<i>Tz'ï</i>	<i>jico</i>

Este enfoque, de hecho, fue el que caracterizó el tipo de estudios que realizaron quienes fundaron el primer paradigma “científico” en Lingüística, fundándola en su sentido moderno. Estos lingüistas, agrupados en lo que se conoce como Gramática o Lingüística Histórico Comparada, durante todo el siglo XIX, se dedicaron (influidos por el *movimiento Romántico*, las ideas *evolucionistas* emergidas a partir de la publicación de la obra de Ch. Darwin y el *Positivismo*, hegemónicos en el mundo académico e intelectual de Europa en ese entonces) a comparar lenguas provenientes de tradiciones culturales muy diversas y disímiles entre sí (como el latín, griego, alemán, inglés con el sánscrito) para comprobar su hipótesis sobre su pertenencia a una misma familia de lenguas, cuyo antepasado común sería el *indoeuropeo* (lengua hipotética, reconstruida). De esta manera, autores como F. Bopp, R. Rask, F. Schlegel, A. Schleicher, J. Grimm, H. Paul, K. Brugman, A. Leskien, J. Schmidt, entre otros) sentaron las bases de lo que es la Lingüística hoy, en una actividad que, ciertamente con los tintes científicistas que el Positivismo inculcaba, y mucho más cercanos a las tradiciones Filológicas e históricas, por primera vez establecieron la importancia de que el objeto de la Lingüística fuera estudiado *empíricamente*, a partir de datos y no de conjeturas y axiomas, que era lo que caracterizaba la actividad de reflexión y estudio del lenguaje en épocas anteriores. Además, recogían la *diversidad de las lenguas* y se centraban en *sistemas lingüísticos en particular* como su objeto de estudio.

Como conclusión a este punto señalaremos que este sistema de la lengua, está compuesto por varios sistemas (o *lenguas funcionales*), por lo que se dice que es más bien un *diasistema* o una *arquitectura*, en donde los distintos niveles de construcción de la lengua (el *fonológico* – que es el más básico y primordial, el “ladrillo” con el que se construyen los demás, creciendo en nivel de complejidad -, el *morfosintáctico* – cómo se construyen las palabras y de acuerdo con qué reglas se ponen en relación en el discurso - y el *semántico* – en donde encontramos el conjunto del léxico de la lengua y su significado. Deberíamos también agregar, en rigor, al *nivel pragmático*, aquel que considera los significados en uso que adquieren las prácticas discursivas de los sujetos) adquieren una fisonomía particular, y que pueden ser observados en los dos ejes de acuerdo al factor tiempo, *sincrónico* o *diacrónico*. Tal como se ve en el esquema:



**V. Interdisciplinas y áreas de interés en Lingüística**

Dada la complejidad del objeto de estudio lenguaje, y entiendo que su descripción y comprensión cabal excede con creces a su reducción sólo a un *sistema* de signos, la Lingüística – en conjunto con otras ciencias en las el lenguaje tiene relevancia - se ha visto impulsada a crear áreas de interés en que se reúnen contribuciones de otras disciplinas que también se ocupan del comportamiento y configuración de los seres humanos. Interdisciplinas que han cobrado un auge especial en la medida que ha caído la hegemonía

de los grandes paradigmas en Lingüística que entendían al lenguaje *sólo* como un sistema cerrado e inmanente, susceptible de ser explicado sólo a partir de sí mismo. Entre estas áreas de interés transdisciplinaria encontramos:

### a) Sociolingüística:

Emerge en la década del 60' del siglo XX, a partir de la obra de W. Labov (1983), en el marco de un paradigma cuantitativo (establece relaciones estadísticas significativas entre tipos de realizaciones, sobre todo fono – fonológicas, y la pertenencia de los hablantes a una determinada clase social) y la discusión sobre el problema de la pobreza y su superación en los grupos marginales de raza negra en Estados Unidos en ese entonces.

Luego, la interdisciplina tomó un vuelo propio para pasar a incluir a todos los estudios que trataban temas tales como (Moreno Fernández, 2005):

- La relación entre uso del lenguaje y estructura de la sociedad
- Las características de la comunicación de acuerdo con el *origen social* de los interlocutores (su edad, género, clase, etnia, etc.), las *relaciones sociales* existentes entre ellos (jefe – empleado, por ejemplo) y el *contexto* en el que se verifica, y cómo estos factores afectan la estructura y función de los mensajes intercambiados.
- La variación *diafásica* y *diatrática* del lenguaje
- El *cambio lingüístico* y sus determinantes socio actitudinales
- Y, en el marco de el estudio de las interacciones entre lenguaje y sociedad, la llamada *planificación lingüística*, encargada de entregar insumos para aspectos tan fundamentales en sociedades multilingües como la estandarización de la o las lenguas oficiales y los procesos de revitalización o sustitución de lenguas.

### b) Psicolingüística:

Esta área nace de los estudios del francés Gustave Guillaume, a principios del siglo XX, en una teoría en la que vinculaba los elementos lingüísticos con los psicológicos. Su tema central, por tanto, va a consistir en indagar en *cómo la lengua es representada mentalmente* y usada en la

*producción* (codificación) y *comprensión* (decodificación) de mensajes (Aitchson, 1992; Vygotsky, 1993). En el marco de esta gran área de preocupaciones, intenta describir aspectos tales como:

- El procesamiento discursivo
- La duración y modelaje de sus distintas etapas
- La relación existente entre lenguaje y pensamiento
- La caracterización del proceso de *inferencia* en la comunicación.
- Además, incluye el interés por explicar y describir el *proceso de adquisición* del lenguaje y su desarrollo ontogénico.

### c) **Etnolingüística:**

Es un área de interés que integra los aportes de la Lingüística y de la Antropología. Fue, de hecho, iniciada por etnógrafos, quienes, en el marco de la actividad colonialista de comienzos del siglo XX, específicamente en Estados Unidos, constataron la necesidad de considerar la *descripción de las lenguas indígenas* como tarea indispensable para describir los aspectos profundos de la cultura. Fue *Franz Boas* el gran teórico y etnógrafo que inició esta área, influyendo en generaciones de lingüistas y antropólogos de Estados Unidos y el resto del mundo. A partir de esa definición inicial, un tanto estrecha, la Etnolingüística ha pasado a incluir una serie de temas de interés lingüístico y antropológico, y que van allá de realizar una descripción interna de los sistemas lingüísticos de comunidades indígenas. En su acepción actual, esta interdisciplina (Duranti, 2000) se encarga de estudiar todos los posibles fenómenos sociales y culturales implicados en una *concepción del lenguaje como un recurso cultural* y, a la vez, como una *práctica cultural*, es decir, entender a las *prácticas comunicativas como constitutivas de la cultura de la vida cotidiana*. Desde este prisma, por tanto, el lenguaje emerge como herramienta poderosa de construcción social y fundamento de la experiencia, con lo que se convierte en puerta de acceso privilegiada para entenderla. Así, entre sus temas de interés incluye:

- La descripción interna de las *lenguas aborígenes*, con un fondo empírico y teórico de carácter etnográfico
- La descripción de *competencias comunicativas* específicas de cada comunidad, lo que amplía el objeto/sujeto de estudio desde las

sociedades aborígenes hacia nosotros mismos, las llamadas sociedades “complejas”.

- Describir las relaciones entre los *procesos de identidad* (etnificación y reetnificación) y lenguaje.
- Las *representaciones sociales y culturales* entorno al lenguaje y las lenguas
- Finalmente, los *significados culturales en torno a la comunicación* en las distintas comunidades.

---

### Referencias:

1. Aitchson, J. (1992). “Introducción a la Psicolingüística”. Madrid: Alianza
2. Duranti, A. (2000). *Antropología lingüística*. Madrid: Cambridge University Press.
3. Gunderman, H. (2008). “Pautas de integración regional, migración, movilidad y redes sociales en los pueblos indígenas de Chile”, *Revista UNIVERSUM* 23 (1): 82 – 115.
4. Hockett, Ch., (1971). *Curso de Lingüística moderna*. Buenos Aires: EUDEBA
5. Jakobson, R. (1967). *Fundamentos del Lenguaje* Madrid: Ciencia Nueva
6. Labov, W. (1983). *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra
7. Lagos et al (2009). “Perfil etno y sociolingüístico del Mapudungún en Santiago de Chile”, *Lenguas Modernas* (34): 25- 51.
8. Malmberg, B., (1967). *Los nuevos caminos de la Lingüística*. México: Siglo XXI.
9. Márquez, M. (2009). “La perífrasis estar + ndo en puertorriqueños bilingües con residencia en Estados Unidos”. En, *Boletín de Filología*, XLIV (2): 119 – 134
10. Martinet, A., (1965). *Elementos de Lingüística general*. Madrid: Gredos
11. Mounin, G., (1984). *La Lingüística en el siglo XX*. Madrid: Gredos.
12. Moreno Fernández, F. 2005. *Principios de Sociolingüística y Sicología del lenguaje*. Barcelona: Ariel Lingüística
13. RAE. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. En, [www.rae.es](http://www.rae.es)
14. Robins, R. H., (1971). *Lingüística general*. Madrid: Gredos
15. Sánchez, (2005). Las lenguas originarias en Chile: Panorama general. En, *Experiencias y conocimientos para el fortalecimiento y la promoción de las lenguas originarias*. Santiago de Chile: MIDEPLAN - CONADI
16. Serrano, R. (2009). “La lengua escrita en algunos documentos cumanaqueños de misioneros aragoneses en la Venezuela de los siglos XVII y XVIII: aspectos léxico y gráficos” En, *Boletín de Filología*, XLIV (2): 215 – 242
17. Sperber, D y D. Wilson, (1994), *La Relevancia*. Madrid: Visor
18. Vygotsky, L. (1993). “Pensamiento y lenguaje: teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas”. Buenos Aires: Fausto.